

El Erebo del Ánade

D. Garcia



Image not found.

Capítulo 1

La vegetación crujía a su paso con el inconfundible traqueteo a unísono de un acervo de leña astillada.

A su alrededor, la brizna y las hojas secas empezaban a crepitar tiñendo las periferias de un rojo cereza brillante; e inundando el ambiente de un centenar de cenizas que danzaban de forma simultánea expelidas por un humo marrón cenizo.

Un par de lagrimones cristalinos ardían sobre sus mejillas mientras su cabellera vetada de tonos pardos ondeaba a merced de sus trémulos pasos. Sus piernas no parecían ser suyas, como si sus pies descalzos no estuviesen formados para pisar los sinuosos y traicioneros caminos entre las hojas y pedruscos.

Los intensos y pintorescos ocre otoñales le mareaban, volviéndole incapaz de diferenciar las llamas de entre los vividos matices rojizos del follaje de los árboles.

Tenía que encontrarles, aunque eso significase morir abrasado y consumido hasta sus cimientos.

—Ocúltate, no salgas. Ocúltalos —Se repetía a sí mismo.

Las risas y el barullo de sus perseguidores resonaban entre los abetos. Le habían visto desde el linde de la laguna, le habían disparado y no habían escatimado esfuerzos para rodear el estanque con tal de atraparle, con tal de matarle.

Desconcertado y completamente aterrado ante el sonido característico del martilleo de una escopeta, antes de que aquellos insensatos alcanzaran el percutor, corrió hacia la orilla con aquellas piernas que parecían negarse a ser suyas y, a grandes brazadas se alejó del lodazal distendido que insistía en formarse al borde del estanque.

Quería gritarles, pero no conseguía gesticular vocablo alguno. Su rostro no era más que el reflejo perfecto de un grito silencioso y una vergüenza ahogada. Le habían humillado.

Lo habían privado de uno de sus momentos más intrínsecos. Y ahora, le perseguían como si fuese un bárbaro, una bestia salvaje. Cuando su único pecado había sido el de bañarse a la intemperie, en un paraje que le pertenecía por derecho propio, y que ahora, ardía abrasado por las llamas de aquel par de indoctos.

—¿Quiénes se creen? —inquirió para sí con un deje de amargura.

Claro, se creían poderosos. Tan omnipotentes que no les importaba quemar media hectárea o el bosque completo con tal de arrebatarse su pacífica existencia.

Pero a él no le amedrentaba la muerte, le daba pavor el fuego. No porque fuese a consumirlo, si no por lo que podía extinguir.

Trémulo, con el sudor escociéndole sus ojos azabaches y el corazón estrechando su pecho, no podía más que fijar cada uno de sus abrumados pensamientos, en ella.

Alicaída y con la mirada febril rodeó con los brazos a sus pequeños. Su corazón latía desbocado. Sobre ella se había cernido la incertidumbre, como el celaje que cubría la cumbre de una montaña rocosa, hermética e inverosímil desde la superficie distante.

—Por favor, no... por favor... —musitaba intentado mantener el sosiego.

Lo sabía. Lo sabía desde el primer martilleo. Aquel estruendo había fragmentado su quietud, la característica resonancia funesta de la muerte.

Quería salir, deseaba correr a su encuentro, ante la fatídica idea de que estuviese malherido o quizá...

No, no quería siquiera pensar en ello. Le atormentaba demasiado aquella imagen, era tan vivida y dolorosa que inclusive, de solo pensarlo, se sentía desolada. La respiración se le interpolaba y la mirada se le turbaba en un intento por luchar contra las lágrimas, que ardían en sus cuencas amenazando con asaltarle las mejillas sonrosadas.

Rodaron, rodaron sin dominio y sin ningún tipo de misericordia ante el estrépito del segundo disparo.

El labio inferior le empezó a temblar y una brisa fría e inexistente le acarició la nuca. Humo, olía a humo.

—Malditos, malditos ellos...

El olor a hierba quemada empezaba a asfixiarle. Los tiradores discurrían entre la maleza, las hojas desvaídas y el acervo de pedruscos escabrosos,

como serpientes zigzagueando entre la arena disgregada.

No quería continuar. Sabía que, si prolongaba aquel fausto momento, les llevaría hacia ella. Oh, pero su corazón era tenaz y egoísta. Tenía que verle, tenía que volver a sus acogedores brazos para contemplar aquella mirada insondable y pasional, por última vez. Sí moría sería cerca de ella y sí el bosque entero iba consumirse, ardería con ella. Le conocía demasiado bien. Sabía, que jamás le perdonaría sucumbir a la muerte lejos de su regazo, sabía, que él no era el único egoísta.

Y mucho más peligroso que el ardiente escozor del fuego y que cualquier hombre ofuscado por su egolatría, la esperanza se filtró en lo más profundo de su espíritu. Tan tibia y apacible como el etéreo roce de una cálida caricia en una noche de crudo invierno.

Quizá si corría con mayor ímpetu, tal vez si serpenteaba entre los senderos más traicioneros para despistar a sus perseguidores, quizá sí...quizá si...

No. Quizá fuese un soñador, un romántico aferrándose a un cúmulo de ilusiones sueltas, pero no era ningún incauto. Iba a morir, lo sabía bien.

Y en un intento por desprenderse de aquellas dolorosas ilusiones, sus piernas se aferraron a la vida con ímpetu. Corrían, ajenas, pero esencialmente raudas.

Los pájaros graznaron desde los altos rozos, desplegando sus alas y eclipsando el cielo como un nubarrón cargado de lluvia.

Cuanto deseaba volar como aquel tropel de aves. Cuanto ansiaba ser libre, cuanto anhelaba que su vida fuese solo suya y de nadie más. Nadie que quisiese adueñarse de ella y arrebatarla, como si su existencia fuese insignificante, dañina, perversa.

El humo era toxico e irremediablemente falaz. Le escocia los ojos y le quemaba la garganta. Faltaba muy poco, las piernas le temblaban y su corazón retumbaba iracundo, pero su voluntad hervía por verla a ella.

Un tercer disparo retumbo a la distancia.

Resbaló. Las piernas le flaquearon desplomándolo sobre la brizna, las hojas secas y fríos pedernales. Chilló. Estaba tan cerca...tenía que levantarse, solo buscaban amedrentarle, torturarlo como a una libélula a la que despojaban de sus alas y daban de comer a las hormigas, privándola de su naturaleza y condenándola a una muerte lenta e insufrible.

Los alrededores crepitaban de un naranja rojizo, la presión había aumentado y el humo manaba de entre el follaje como una espesa niebla lóbrega. El bosque ardía entremezclando un centenar de sonidos, y, aun así, el eco de aquella baraúnda profana se hacía escuchar más que cualquier rumor. Amartillándole los oídos y llenando su corazón de aleznas agobiantes y desesperadas.

Acongojado, palpó el suelo con sus manos temblorosas, rasgando la polvorienta y áspera superficie con sus uñas, enterrando las yemas de los dedos entre las hojas marchitas para poder aferrarse. Con las piernas flojas y un intenso dolor agudo recorriendo sus músculos, se incorporó con torpeza. Si volvía a caer ya nada importaría, porque, aunque tuviese que arrastrarse sobre las brozas y los pedruscos, les encontraría.

Entre el herbaje, un volátil murmullo diseminó aquellas dolorosas agujas. Era ella, lo sabía bien, ella le estaba esperando, angustiada, pero con aquella mirada que parecía calmarlo todo.

Las onerosas risotadas volvían a retumbar, pero él ya no las escuchaba. Sus sentidos, ahora solo le pertenecían a su amada, como siempre había sido. Solo faltaban pasos para verle, para despedirse en un susurro silente.

—Espérame...ya casi llegamos. Yo, y mi inoportuno egoísmo —contestaba a cada murmullo.

Llegaría, se despediría y saldría a enfrentar su adverso destino. Ah, pero parte de él seguía cargando con aquella peligrosa esperanza, ¿Qué tal si se escondía? ¿Qué si no lograban encontrarlo?

Claro, iban a consumir el bosque entero solo para escucharlo chillar, para obligarlo a seguir corriendo. Con suerte. Ya que, si le buscaban, removerían cada piedra y cada hoja seca, y, le iban a encontrar y con él, a lo único que importaba en el mundo.

Por ello, tan solo podía despedirse y apreciar aquel hermoso regalo, por última vez. Para cualquiera que no supiese amar, aquel era un calvario superfluo e indubitavelmente caprichoso. Pero para él, valía cada lágrima y mucho más.

Lo supo desde el momento en el que encontró su mirada. Ella le observaba por entre las briznas, con su rostro angular enmarcado por un par de lagrimones, pero con aquellos ojos amorosos y aquella sonrisa serena que parecía calmarlo todo, como un haz de luz tras el más tempestuoso de los vendavales, esperanzador y distante.

Con las piernas magulladas y oprimido por el dolor de una despedida abrupta, cada paso parecía lejano, como si en lugar de acercarle le alejase

de ella, le privase de ellos. Ah, ellos...a quienes más nunca podría ver.

Desolado, se apostó en el umbral, cada musculo le temblaba. Estaba seguro de que, con una sola caricia de ella, las lágrimas no tardarían en derramarse de sus cuencas. Ella lo observó detenidamente, quería conservar cada fragmento de aquello que se convertiría en el más infausto de los recuerdos. Lo estrechó hacia si con los ojos empañados y cristalinos, le acarició las mejillas contra su rostro, él le correspondió, entremezclado sus lágrimas con las suyas, sus lágrimas y cada caricia en un adiós silente.

Al soltarlo... al verle partir, un nudo se le formó en la garganta mientras su corazón se fragmentaba abruptamente, deshojándose al igual que los endebles pétalos de una rosa, marchitándose al caer.

El mundo oscilaba tenuemente a su alrededor. Los pasos retumbaban al compás de las risas entre las columnas asfixiantes de humo que, se distendían coloreando los cielos de cenizas.

Malditos ellos...

Abatido y con el corazón punzándole dolorosamente con cada palpitación, cubrió el refugio de su amada; borrando cada uno de sus pasos, sin siquiera atreverse a mirarla, sabiendo que, si sus temerosos ojos azabache se cruzaban con aquella mirada apacible, terminaría añorando. Y la reminiscencia, era una de las carreteras más transitables para la cobardía.

Con los labios temblorosos y el contorno de los ojos enrojecidos, le dio la espalda a una vida tranquila. Atisbó el cielo por última vez con una sonrisa apesadumbrada en sus finos labios, donde las lágrimas se filtraron dejándole un sabor a sal.

La hierba crujió.

Levantó los brazos formando un par de puños con sus manos. Como deseaba tener puños, como anhelaba ser humano y sentirse dueño de cuanto lo rodease, sentirse poderoso y por encima de toda criatura, sentirse dueño de estas y de cada una de sus vidas.

Los cazadores le rodearon inundándole los oídos de inicuas risotadas. Mofándose de él, quien ya estaba acabado. Ni siquiera intento correr, no podía. De una de sus negruzcas patas manaba sangre.

Por un segundo, los tiradores parecieron ver por entre el herbaje. Él graznó golpeándolos con los poderosos empujones de sus alas.

El atardecer se ensombreció. Las risas se acallaron, el miedo desapareció y ya no pudo anhelar más. Ahí en el suelo sinuoso entre la podredumbre de las hojas marchitas, vislumbró por última vez el ánade; a su compañera entre el herbaje al fondo de una pequeña cueva mientras cubría una docena de huevos.

Un silbido estridente discurrió a lo largo del bosque.

El muchacho de cabello oscuro, el indocto asesino de mirada inocente y sonrisa ávida, abrió la recámara de la escopeta y dejó caer un par de cartuchos.

—Vamos —le apresuró su compañero. Su cabello castaño estaba empapado de sudor, estaba tan emocionado como asustado.

El silbido volvió a resonar.

— ¡Apresúrate, son ellos! Si nos ven sabrán que nosotros lo iniciamos.

— ¡Espera!

Con un ademán y una sonrisa cruel en los labios, le ordenó a su compañero que le esperase. Esculcó cada uno de los anchos bolsillos de su pantalón hasta encontrar una pequeña cámara. Necesitaban una fotografía, pues matar, eso no ensanchaba el ego, no. Las pruebas de la osadía y los recuerdos cual trofeos que engrandecían la egolatría humana, sí.

Y apuntó, apuntó al cadáver del ánade, quien a través del lente de la cámara adquiriría una apariencia aún más lóbrega.

Malditos ellos, que jamás dejarían de apuntar.